

# “Ante las astas” y “Calores, dolores, amores”

JESÚS CARLOS GÓMEZ MARTÍNEZ

## ANTE LAS ASTAS

Aquí soñamos con arriesgar la vida ante las astas y con la cuesta de Santo Domingo, el oxígeno de la plaza Consistorial, la estrechez de Mercaderes, la mítica Estafeta, la penumbra del callejón y el abanico del redondel; aquí soñamos con los negros adoquines y con sustos, puntazos, cogidas y encierros infaustos.

Aquí soñamos con arriesgar la vida ante las astas y con burlar la muerte brava del toro aciago. Minutos antes de que toquen las ocho en San Saturnino, nuestros mozos se recogen el bajo de los pantalones, se desatan y se anudan los cordeles de las alpargatas, desdoblan el periódico para volverlo a plegar del mismo modo y piden a San Fermín su bendición. Agudizan después los oídos, sienten taquicardia, dolor en la garganta y un estremecimiento que golpea las sienas. Memorizan sus propias consignas y los refugios del recorrido; ahuyentan presentimientos y vaticinios fatales, y sueñan de nuevo con situarse ligeramente ladeados a la cabeza del primer toro, acoplar la carrera al ritmo de la bestia, golpear su morro con los talones, mancharse el pantalón de baba, advertir su olor y sus resoplidos, aguantar en los pitones, atizar con el periódico la testuz del animal, templar su galopada, mirarlo de reojo y disfrutar.

Aquí soñamos con arriesgar la vida ante las astas y, desde los balcones abarrotados, tememos que se forme montón o que un toro se quede. Cuando estalla el primer cohete de Santo Domingo, nos santiguamos; contemplamos boquiabiertos la carrera, bella y arriesgada, y mientras los morlacos descansan en los corrales de la plaza y los protagonis-

tas llaman por teléfono a la madre y a la novia, aseguramos que ha sido un milagro.

Aquí soñamos con arriesgar la vida ante las astas, pero en el encierro no todo es valentía y emoción: Hay corredores de pacotilla que sólo buscan las cámaras, y antes incluso de que los toros abandonen los corrales, un pelotón de zoquetes ha entrado en el ruedo.

## CALORES, DOLORES, AMORES

También hoy bajo un sol plomizo, los campos, las vides, robadas de girasoles, imploran un aguacero. Mere avanza, rechoncho y erguido, por el camino vecinal. Escucha el canto de la cigarra; advierte perfumes de hinojo, tomillo, aliaga, orégano, romero y aroma de moscateles maduros; contempla gorriones, fofos y ronceros, que picotean granos de rastrojos. “Quiero que recuerde, don Hermenegildo –resuena en su pensamiento–, los sacos de patatas que Ventura traía al hombro desde Zeloiti cuando padre enfermó y éramos siete hermanas. Quiero que lo recuerde, padre, porque una lo ha olvidado.”

Mere atesora el recuerdo de aquel mozarrón parco en palabras, resuelto. Ventura, hombre de bien toda su vida. La suya fue la primera boda que celebró en Goiri, cuarenta años atrás. Él, que conocía desde crío las interminables y severas jornadas de trabajo en el campo, ha entregado su fortaleza, sudor y existencia a esta tierra. Ayer, Mere hubo de cruzar sus manos curvas y cerrar sus pupilas cansadas. En la agonía no recordaba a su mujer; suspiraba por la compañía de su difunta madre, Teresa *de Yoiti*: “Madre, ¿dónde estás? –gritaba–. Siempre me has acompañado, ¡ven!”.

El abrupto peñasco Oritzonda, antaño guarida de malhechores, nido de buitres y cueva de brujas, domina este agrietado paisaje. El Rodagos se arrastra menesteroso y turbio. Mere se detiene en el puente medieval. Sofocado, extrae de su pantalón gris un pañuelo; enjuga su rostro mofletudo, las pobladas cejas, la frente rugosa. Sueña con un vaso de agua. “Calores, dolores y amores, acaban con el hombre”, murmura.

Ojea el desvaído horizonte, avista la torre, el color cárdeno de la vetusta campana, las piruetas de los vencejos y reanuda el paso. Todos los avances del hombre, todos los logros de la civilización –reflexiona– no han conseguido independizarnos de la Madre Providencia; sólo un año sin lluvia, y todos nosotros, superhombres del siglo XXI, falleceríamos como párvulos desvalidos y analfabetos.

Los cardos bordean la trocha, el aire parece espesarse, y salvo un buitre que planea, los pájaros han desaparecido. Esa encarnación del Mal surge repentinamente en su memoria: Estruja la bota empinada con la codicia de un bebé hambriento, el chorro describe un arco, centellea al sol, se estrella contra los dientes recios, cariados, amarillentos, gorgotea por el gatzate, salpica la camisa. Vacas, jotas, vino, costilladas y sus habilidades, el giñote y la escopeta, son sus quehaceres. Ajusticiarlo resulta en ocasiones una tentación irresistible; no obstante, Mere admite como solución procedente el despido *con todo afecto*, esto es, tres clamores: campanadas premiosas, lánguidas, cuyo ritmo *in crescendo* finaliza con un ágil repiqueteo. No supondría ninguna novedad que, al oír tañidos, blasfemara en la tasca. El obispo no hace justicia con la monótona y malsonante cantinela. “Debemos portar nuestra pesada cruz”. ¿Qué sa-

brá él de cruces, cuando sólo conoce a ese indeseable por fotografías?! “Dolores, calores y amores –refunfuña Mere–, acaban con el hombre”.

Esta tierra extremosa lo ha embrutecido. Aquí, en la Ribera, no hay medias tintas; aquí la franqueza es brutal, y el sentimiento, tierno y apasionado; aquí al padre no se le tutea, pero se le replica; aquí temen las flaquezas del amor y se casan temprano. El matrimonio ya no se reduce al tálamo y la cocina, la mujer ya no queda confinada en el hogar..., pero ahora se divorcian y no lloran juntos la penuria. ¡Aquellos días que no quedaba un caracol en los ribazos! ¡Aquellas copas de cazalla! ¡Aquellas crudas mañanas fustigadas por el cierzo, la cellisca y la escarcha! ¡Aquellas pesadas bicicletas negras, de vastas parrillas, que aguardaban en la puerta de la taberna, al filo del alba, para recorrer provincias con un pellejo de aceite!

Una miríada de moscas zumba en torno a despojos podridos de fruta. Mere rodea la casa de los Guerendiáin, piedra sobre piedra, balcones de hierro, yeso negro y guindillas ensartadas; el zaguán exhala aroma de vino recio. Se topa con el coche abandonado. Le faltan las puertas, los limpiaparabrisas, todos los cristales, los parachoques, los faros, los asientos... y hasta el volante; apenas queda la carrocería, que parece humear. Mere lo toca con el índice. Abrasa.

En la solitaria plazuela los andamios ocultan la Casa Consistorial, margaritas y geranios se asfixian en algunos balcones. Mere se detiene en la fuente, abre el caño y bebe del chorro. Se pasa el pañuelo por la cara y prosigue. Le duelen los pies.

En los capiteles, el santo cuida el rebaño con morral y cayado, ejerce su misión apostólica en los confines de la India, depositan su cadáver en el monasterio de Abellín, donde repican las campanas. Mere sube al sombrío atrio y empuja la puerta. Gladiolos de tallo inacabable y crisantemos violáceos rodean al patrono, que preside el templo con báculo y biblia. Mere moja los dedos índice y medio en la pila de agua bendita, se acomoda sudoroso en el último banco. El sol irrumpo por el óculo y las altas vidrieras, resbala entre la sillería, brilla en el entarimado, carga contra los escasos fieles.

Ahí está la pobre Lourdes, rogando a Dios que no sea cierto lo que ella hace años sospecha y todo el pueblo conoce sobradamente. Y Rebeca, que hoy se ha traído a su novio. Una sonrisa maliciosa ilumina el rostro redondo, picado por la viruela, del párroco: “Que está obsesionado, don Hermenegildo... –confesaba la mueta el domingo precedente–. Que sólo piensa en tocarme las tetas... Lo dejé dos semanas. Al final, me moría, padre. Estuvo unos días formal, pero ya está igual otra vez”. “¿Tu novio y tú os pensáis casar?”, inquirió el clérigo. “¡Ay!, a mí me gustaría. Pero él..., él no se espera”. “Si te quiere, se esperará. Reza tres avemarías como penitencia y sé buena chica”. Ahí está Eburne, que ahora sale con el hijo de Ramón y Dolores, el chico que no tenía cuaderno de religión: anotaba directamente en el rollo de chuletas. “¿Pero tú, Barrabás, te crees que yo dicto con los ojos *in albis*?!”, le reprendió Mere, alzándolo de una oreja.

Resuena en la bóveda un crujido. Mere pega un bote, atraviesa la portadilla lateral y se precipita escaleras de caracol arriba...

El coro se halla vacío, los bancos huelen a cera y relumbran... Falsa alarma; en esta ocasión no constituye la escena elegida por los chicuelos para sus trastadas. Mere cabecea, recupera el aliento y asciende a la torre.

Allí el cielo fustiga sin compasión. Un buitre –el clérigo se pregunta si el mismo de antes– ronda en lo alto. El sacerdote contempla boquiabierto la campana de estilo románico. Una sonrisa brota en su rostro de carrillos bermejados. Cinco siglos convocando al pueblo, llorando óbitos, alegrando fiestas. Ni el rigor de los temporales, ni el pillaje de innumerables conquistas, ni el repiqueteo de tantas generaciones han acallado su voz. Aunque maltrecha, continúa en ejercicio con un agujero excéntrico en la parte superior de la copa y una lengua adaptada. MAGISTRO PETRVS DE MVGVIRO ME FECIT ANNO DNI CCCCMXCVIII, reza en góticas mayúsculas. Mere repasa ahora la inscripción inferior: VOX MEA VOX ANGELI VOX MEA VOX DNI VOX MEA SIT TEROR CVNTORVM DEMONVM. Entre ambas, la cruz y una escalerilla de cuatro peldaños.

Marcelo atraviesa la tórrida plaza en dirección a la taberna. ¿Quién reconocería –cavila Mere– al sacristán treceañero que tiraba de la sogá con aires de suficiencia? Hace ya una década que lo zarandea por no tañer correctamente al alzar. El muchacho confesó: su *compañero*, ese discípulo ruin y aventajado de Lucifer, lo había convencido para que el pueblo distinguiera... ¡la única misa que celebraba a la semana!

Camino de la sacristía, el clérigo repara en Lourdes. Ahí permanece, sola en la iglesia. La mujer se santigua. Mere la observa apesadumbrado. Aprecia en su porte, en su figura, en su semblante, cada momento transcurrido desde que barrunta la verdad.

Él se lo confirmará.

No olvida que preservar los matrimonios figura entre las misiones del sacerdocio, pero no asistirá impasible a la autodestrucción de esta buena mujer. La chica más preciosa no se convertirá en un hazmerreír. Eligió a ese canalla y se consume de celos; sólo halla consuelo en la iglesia, la angustia la está matando, y todos, menos ella, conocemos la realidad: la engaña con la mujer de Eladio, el fontanero, la engaña con Inés, la puta oficial de este pueblo, la engaña tantas veces como se le antoja, y esta mujer no lo merece.

“Lourdes”, grita. Mere contempla dolorido su belleza ajada, antaño provocativa, esos ojos castaños, hoy llorosos, los pómulos ayer tersos, el cabello color miel, ya entrecano, los hoyos desdibujados de sus mejillas, graciosos hoyuelos en su memoria. “Mañana vienes, que quiero hablar contigo”. Lourdes barrunta el tema. “¿No me lo puede decir ahora?”, suplica casi, con voz trémula. “Nada importante, hija –miente Mere–. Vete y descansa. Hasta mañana”.

Pobre Lourdes. Tan enamorada, tan insegura, tan famélica de cariño. ¡Qué ruleta es el amor! Sus cosechas pueden resultar tan opimas..., y sus abrojos tan funestos. “Bendito el día –impreca Mere– que todo lo que está sufriendo ella comience a purgarlo ese cabrón”.

Ahí está Mere, en una banqueta. Comprende que jamás logrará enmendarse y mima la modesta colección de orfebrería. El incensario rococó, el cáliz neoclásico, decorado con guirnaldas de vid, querubines y hojas lanceoladas, y la cruz procesional compiten en lustre. Sobre el mármol aguardan las crismeras, el ostensorio dorado y el cáliz de procedencia napolitana. Las regordetas manos y el paño ennegrecido bruñen un copón liso de traza purista.

Aquella rubia ocupa su pensamiento. Frisaba los diecisiete y había conocido a otras mujeres. Pero aquella era distinta. Su presencia turbadora lo convertía en el mortal más dichoso, aquella mirada serena embrujaba, aquel cabello del color de la miel semejava el fulgor de la aurora, el fino licor de sus

labios en flor nunca embriagaba, y sus hoyuelos..., ¿qué decir de aquellos hoyuelos de sus mejillas? En sus bordes quiso resbalar y perderse para siempre. Por continuar a su lado hubiera sacrificado la vocación... y cuanto poseía. Pero era demasiado hermosa. Le gustaba creer cuando la recordaba que supuso para ella algo más que un entretenimiento pasajero, algo más que un juguete de sus caprichos... ¡Ay, el amor! Abre heridas que ni siquiera el tiempo puede curar. “Amores –refunfuña con voz áspera–, calores y dolores...”

La banquetta cruje, Mere da unos pasos y alza la claraboya. Los carrizos se remueven; el polvo rehúye el aguacero, busca cobijo por los rincones. Suspendidas del infinito, titilan cientos de estrellas. Un relámpago desgarrar la noche. Otro y un tercero se precipitan entre las nubes moradas, alumbran las ruinas de la antiquísima ermita. Irrumpe una ráfaga de viento gélido. Mere siente un escalofrío. Truena.

Tiritan, lejanas, las lucecitas de los pueblos. Procedentes de una bajera, escucha gritos, jolgorio y música de transistor. ¡Esta juventud! Vive de noche, carece de ideales, camina medio desnuda. Esos morreos, esos achuchones en cualquier esquina, esas tetorras morenas oscilando entre prendas desabrochadas... ¡Decadencia! ¿Dónde han olvidado las arraigadas costumbres de sus abuelos?!

Las ventanas salpican de claridad tenue los negros adoquines. Mere distingue a Laura tras los visillos de los Gascue: repaso minucioso a la gaceta del rumor local. La tormenta, apocada, empieza a descargar. Regará los campos mustios, rociará las sedientas vides, macerará los agrietados caminos.

Esta noche quizá Lourdes tampoco pueda dormir.

Llueve...

Al fin.

## BIO-BIBLIOGRAFÍA

**Jesús Carlos Gómez Martínez** nació en Pamplona el año 1961. Escribe desde muy joven. Sus relatos han obtenido cerca de cincuenta galardones en certámenes de ámbito nacional e internacional. Entre otros cabe mencionar el Juan Ortiz del Barco, Rafael Comenge, Miraflores, Ciudad de Huelva, Villa de Lodosa, Ayuntamiento de Carreño, Ayuntamiento de Valdemoro, Ciudad de Dos Hermanas, Flor de Cactus, Villa de Mancha Real, Premio Periódico Internacional San Fermín, Premio Francisco Ynduráin de las Letras para Escritores Jóvenes, etc.

Durante varios años fue crítico de cine para el diario *Navarra Hoy*. Ha colaborado en periódicos y revistas varias, y ha publicado los libros *Sanfermines forever* (Ediciones Aldabidia, 1995) y *Capricho de faraones* (1995, número 82 de la colección “Los libros del Ave Fénix”, de Ediciones Libertarias).